



El mejor delator.

Me miré en el espejo, receloso
de que mi faz pudiera delatarme:
mi rostro, obedeciendo a mi mandato
estaba inalterable.

Fulé a la calle para ver si el mundo
lograba de mi crimen denunciarme
y el mundo como siempre, indiferente,
miróme inalterable!

Intentando después la última prueba,
arrostré la mirada de mi madre
y con ser su mirada tan profunda
no consiguió turbarme.

Seguro de mí mismo, corí al lecho;
maté la luz y hundirme en las tinieblas
y al entornar mis párpados cansados,
sintiendo iluminarse mi alma entera,
vi con espanto que si engañar caben
a los ojos ajenos, qué nos celan,
nos delata en silencio y entre sombras,
el terrible fiscal de la conciencia.

del
Bassa Letta

DOS SALUDOS

La escena fué muy chistosa:
León, el sin par León,
halló a Esmeralda y a Rosa
de un gran baile en el salón.

Y al hallarlas dijo así:
—¡Qué feliz casualidad
es la de encontrar aquí
una doble magestad!

No pecaré de indiscreto
si exclamo de esta manera:
"Saludo con gran respeto
a dos reinas de primera."

—¡Qué bromista!

—Hablo formal;
que usted, Rosa, es flor fragante
y del reino vegetal
la régia representante.

Y usted, Esmeralda, galana
piedra que vale un edén,
y, a mi ver, la soberana
del reino mineral.

—¿Que tal el saludo? —¡Bien!

—Estamos
asombradas. ¡Qué ocurrencia!
Pero con usted tratamos
hoy de potencia a potencia.

—¿Por qué?

—Porque usted es León;
y al saludo pistonudo
de usted, en contestación
corresponde este saludo:

Esmeralda y Rosa, que
son reinas, según se ve,
de piedras y vegetales,
saludan a León... ¡a usted!
¡al rey de los animales!

Fermin Gil de Alencillegui.

EL LIBRO DE LA VIDA

Un prólogo de risas y alegrías
dibujado con pájaros y flores;
la inquieta juventud brindando amores,
soñando las ardientes fantasías.

Después... alg: nas páginas sombrías;
desengaños, miserias y dolores:
cuadros de desventuras y de horrores,
años de perdurables agonías.

Lágrimas que en el mundo el hombre
vierte;

un alma que suspira sin bonanza
y un cuerpo que vacila casi inerte.

Luégo... la eternidad en lontananza,
y, en su postrera página, ¡la muerte
envuelta en el cenital de la esperanza!

Tirso Camacho.

MURCIA.